

-1-

Dictinio de Castillo Eljabeytia
murió: la noticia me llega desde la
lejana Murcia, donde él y yo nos
conocimos hace más de 40 años.
La espiritualidad del poeta Dictinio
tiene tres centros: Salicia, nació
en El Terrol y es, como decía Azorín,
"hombre de mar". Fue oficial de ma-
rina. Su obra esencial la bautizó:
"Argos - poema del mar y del alba".
El "ando mar" domina sus visiones
poéticas, y Argos es el nombre del
buzco que fue construido bajo la
protección de Minerva, amiga de Ja-
són y sus "argonautas", miembros de
la expedición en busca del vellocino
de oro - magnífico símbolo para

Carta del Dr. Flaskampf a
Antonio de Hoyos, sobre
Dictinio del Castillo

-3-
en la siguiente poesía fue yo me sé de me-
moría y fue reúne preferidos epítetos suyos:

«Pétrea canción primaveral del cielo,
nuncio gentil de acequias y rosales,
en tu alado perfil de verticales
golondrinas te cercan con su vuelo.

Tu levantino mástil primoroso,
céfiras de azahar bebe amoroso,
auras del Malecón y de Espinardo,
brisas de Monteagudo y de La Alberca.

Le veo a Dictinio ^{alto de talla, de gran estatura,} delante de mí, ^(rodeado)
de una peña de amigos a la cual pertenecían
el pianista José Agüera, el violinista Antonio
García Rubio, el sacerdote con el corazón amplio
don Recesvinto Martínez Montejano que me regaló
«Las confesiones» de San Agustín recomendándome
su lectura en español, Juan Coca el murciano
de madre francesa que enseñó hoy su lengua ma-
terna en Madrid, pero también, para decir nom-
bres internacionales conocidos: Santiago
Montero Díaz, el filósofo con miras políticas

muy suyas e independientes, gallego él también,
después el historiador literario conocidoísimo más
allá de las fronteras de su patria: Ángel Valbuena
Prat, catalán sin ser anti-castellano; el padre
Sureda de Mallorca, infatigable en recitar la
farsa medieval, entre cristianos y mahometanos:
Ramón Llull! No puede faltar en este
famoso círculo el gran Antonio Santucci, mi
inolvidable colega en la libertad, lector de
italiano y aliado en nuestra común antipatía
contra las dictaduras, y Eucilio Fuidobro, doctor en
filosofía y letras, catedrático de las letras clásicas
de Lincey y de la Handelskademie de Berlín, con-
sciente de pasión, y, last but not least, mi entrañable
tío también el italiano y —el árabe! Se divertía
sobremedida cuando yo contaba, como los alumnos
alemanes del Kaiser-Wilhelm-Gymnasium de mi
ciudad natal de AACHEN (Aquisgrán) aprendían el
griego dibujando los acentos (Akut, Gravis, Circum-
flexa!), declinando, en el aire y para el iota sub-
scriptum en el caso dativo, pisaban fuertemente
el suelo, desde su asiento.

mado a reincorporarse a filas —desde luego sin éxito—. Murcia, además de su Trapería, su Platería, su Malecón, su plenitud de luz inverosímil para un habitante del país más allá de los Alpes, se concentra también en su catedral, cuya torre es cantada por Dictinio en la siguiente poesía que yo me sé de memoria y que reúne preferidos epítetos suyos:

«Pétrea canción primaveral del cielo,
nuncio gentil de acequias y rosales,
en tu alado perfil de verticales
golondrinas te cercan con su vuelo.

Tu levantino mástil primoroso,
céfiras de azahar bebe amoroso,
auras del Malecón y de Espinardo,
brisas de Monteagudo y de La Alberca».

Le veo a Dictinio delante de mí, alto de talla, de gran estatura, rodeado de una peña de amigos a la cual pertenecían el pianista José Agüera, el violinista Antonio García Rubio, el sacerdote con el corazón amplio don Recesvinto Martínez Montejano que me regaló «Las confesiones» de San Agustín recomendándome su lectura en español, Juan Coca el murciano de madre francesa que enseña hoy su lengua materna en Madrid, pero también, para decir nombres internacionalmente conocidos: Santiago Montero Díaz, el filósofo con miras políticas muy suyas e independientes, gallego él también, después el historiador literario conocidísimo más allá de las fronteras de su patria: Ángel Valbuena Prat, catalán sin ser anti-castellano; el Padre Sureda de Ma-

-5-
 El tercer centro de vida espiritual y ma-
 terial será —¿qué duda cabe?— Ale-
 mania, la Universidad de Heidelberg,
 donde Karl Jaspers, Friedrich Gundolf,
 Max Planck vivían. No lejos de
 Tübingen Hölderlin quien hubiera gusta-
 do conocer a Dictinio más que Goethe a -Hoyos!

Termino esta evocación de ilustres
 muertos —casi todos ya se despidieron—
 con un suspiro nostálgico que, si
 se materializara, sería visible desde
 las Siete Montañas, cerca de BONN,
 donde nació Beethoven, por el Rin
 hasta el río Segura, y murmurando
 estos versos panegíricos de Dictinio
 que dirigió glorificando a su España:
 «Oh tierra, del Apóstol preferida,
 atalaya de Europa entre dos mares,
 patria de Inigo y de Fray Luis, erguida
 sobre un lecho de espumas y azahares;

alza tu amor mi soledad, unjida
 por palomas, acequias y olivares,
 que le ofrecen tu voz de romancero
 en las alas de un viento mensajero.
 (La avena de Dafnis).

llorca, infatigable en realzar la figura medieval, entre
 cristianos y mahometanos: Ramón Llull! No puede
 faltar en este famoso círculo el gran Antonio Cantucci,
 mi inolvidable colega en la Universidad, lector de ita-
 liano y aliado en nuestra común antipatía contra las
 dictaduras, y Emilio Huidobro, Doctor en filosofía y
 letras, catedrático de las Universidades de Lima y de la
 Mandels hoh schule de Berlín, demócrata de pasión, y, last
 but not least, mi entrañable amigo Antonio de Hoyos
 Ruiz, grecista que domina también el italiano y el
 árabe! Se divertía sobremanera cuando yo contaba,
 cómo los alumnos alemanes del Kaiser-Wilhelms-
 Gymnasium de mi ciudad natal de AACHEN (Aquis-
 grán) aprendían el griego dibujando los acentos (Aküt,
 Gravis, Circumflex!), declinando, en el aire y para el
 iota subscriptum en el caso dativo, pisaban fuertemente
 el suelo, desde su asiento.

El tercer centro de vida espiritual y material será
 —¿qué duda cabe?— Alemania, la Universidad de Hei-
 delberg, donde Karl Jaspers, Friedrich Gundolf, Max
 Planck vivían. No lejos de Tübingen Hölderlin quien
 hubiera gustado conocer a Dictinio más que Goethe a
 Hoyos!

Termino esta evocación de ilustres muertos —casi
 todos ya se despidieron— con un suspiro nostálgico
 que, si se materializara, sería visible desde las Siete
 Montañas, cerca de BONN, donde nació Beethoven,
 por el Rin hasta el río Segura, y murmurando estos
 versos panegíricos de Dictinio que dirigió glorificando a
 su España:

«Oh tierra, del Apóstol preferida,
 atalaya de Europa entre dos mares,
 patria de Inigo y de Fray Luis, erguida
 sobre un lecho de espumas y azahares;
 alza tu amor mi soledad, unjida
 por palomas, acequias y olivares,
 que le ofrecen tu voz de romancero
 en las alas de un viento mensajero».

(La avena de Dafnis)